

Por el Padre Shenan J. Boquet – Presidente de Vida Humana Internacional.

Publicado el 7 de Junio del 2021.

“El matrimonio y el amor conyugal están por naturaleza ordenados para engendrar y educar a los hijos. Los niños son realmente el regalo supremo del matrimonio y contribuyen de manera sustancial al bienestar de sus padres”.

□ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno, Nro. 50

Políticamente hablando, Estados Unidos y China difícilmente podrían ser más diferentes. China está gobernada por un Partido Comunista autoritario. Los ciudadanos chinos de manera individual carecen de muchos de los derechos y libertades básicos que los estadounidenses dan por sentados. El discurso político es monitoreado de cerca por un estado de vigilancia en rápido crecimiento, y la censura de la prensa y de Internet es omnipresente. Mientras tanto, el gobierno continúa expandiendo su sistema de "crédito social", en el que los ciudadanos son recompensados □□ y castigados por una variedad de comportamientos que se consideran útiles o perjudiciales para el estado chino.

Sin embargo, quizás la más distópica de las políticas inhumanas del Partido Comunista ha sido la política de control de la natalidad forzada del país, que tiene décadas de antigüedad. En la década de 1970 se implementaron medidas demográficas en China, antes de convertirse en una política nacional de un solo hijo en 1979.

Según la política, las que quedaban embarazadas de un segundo hijo (hubo algunas excepciones para las mujeres rurales) se enfrentaban al pago de enormes multas, entre otros castigos, o incluso se sometieron a brutales abortos forzados, a veces hasta en el noveno mes

de embarazo. Las esterilizaciones forzadas también eran la norma. Los segundos o terceros hijos "ilegales" también fueron castigados con la exclusión de muchos de los privilegios de la ciudadanía china, incluido el acceso a universidades estatales.

En los Estados Unidos, por supuesto, no existen políticas de control de la natalidad de manera impuesta y generalizada. Por supuesto, hubo algunos casos de esterilización forzada a principios y mediados del siglo XX, experimentos verdaderamente abominables en eugenesia, implementados contra aquellos considerados por la élite médica y política de la época como "no aptos" para reproducirse.

Estas políticas son una mancha enorme en nuestra historia nacional y se han olvidado con demasiada rapidez. Sin embargo, estas políticas, por inhumanas que fueran, solo estaban dirigidas a ciertos pequeños subconjuntos de la población. Estados Unidos valora demasiado su libertad para hacer cumplir las cuotas de natalidad. Ninguna política oficial ha impedido jamás que una pareja estadounidense tenga tantos hijos como quiera.

Caen en picado las tasas de natalidad en China y Estados Unidos.

Sin embargo, la semana pasada dos historias llamaron mi atención sobre una semejanza notable e inquietante entre China y Estados Unidos. La primera historia es el anuncio del gobierno chino de que está flexibilizando su política de control de población a una política de tres hijos. Es decir, las familias chinas ahora serán "libres" de tener tres hijos, sin temor a abortos forzados u otras repercusiones. Esto se produce después de que el gobierno ya había relajado la política en 2016, permitiendo que las parejas en todo el país tuvieran dos hijos.

Sin embargo, la decisión de flexibilizar aún más esta política se produce después de que la política más liberal de dos hijos no logró revertir la caída de las tasas de natalidad en China (actualmente 1,7; con 2,1 necesarios para reemplazar la población actual). De hecho, la liberalización de la ley no solo no logró revertir la caída de las tasas de natalidad, sino que, de hecho, las tasas de natalidad se han acelerado en su declive. El gráfico del informe de la BBC muestra un repunte muy breve en la tasa de natalidad después del anuncio de 2016, seguido de un fuerte descenso.

Claramente, el gobierno chino está alarmado. Y por una buena razón. Después de décadas de hacer cumplir la política del hijo único, el país se enfrenta a una población que envejece rápidamente, con cada vez menos trabajadores jóvenes disponibles para mantener la economía en marcha. Además, la preferencia cultural por los hijos varones en China, combinada con la política del hijo único, ha provocado un enorme y creciente desequilibrio de género. Un gran número de hombres chinos nunca puede esperar casarse o tener hijos, algo que los expertos temen podría aumentar el malestar social en el país.

La segunda historia que me llamó la atención es sobre los nuevos datos de los CDC que muestran una fuerte disminución en las tasas de natalidad en los Estados Unidos, lo que lleva la tasa de natalidad del país a la más baja de su historia. Según los CDC, las tasas de natalidad cayeron un 4% en 2020.

Como informa Business Insider, el número de niños nacidos por mujer en los Estados Unidos se ha desplomado de 2,12 en 2007 (ligeramente por encima del nivel necesario para reemplazar a la población) a solo 1,64 en 2020. Se trata de un cambio asombrosamente rápido en las tendencias demográficas. Lo que significa es que Estados Unidos no está ni remotamente cerca de reemplazar a su población mediante nacimientos. La única forma en que se puede mantener su población, y mucho menos crecer, es a través de la inmigración masiva.

Al mismo tiempo, un nuevo estudio de Melissa S. Kearney y Phillip Levine de la Brookings Institution ha afirmado que es poco probable que la tasa de natalidad se recupere pronto. Como señalan los autores, una posible hipótesis es que las mujeres solo están retrasando temporalmente la procreación y que esta disminución podría ir seguida de un aumento significativo. Sin embargo, como argumentan Kearney y Levine, la evidencia muestra claramente que las mujeres no solo retrasan cada vez más la maternidad hasta bien entrados los 30, sino que también tienen menos hijos en total. ¿Su conclusión? "Las tasas de natalidad bajas y las tasas de fertilidad por debajo del nivel de reemplazo en los Estados Unidos. Probablemente estén aquí para quedarse en el futuro previsible".

Nuestra cultura mutua de muerte.

Sin embargo, lo que realmente me sorprendió fue cuando comparé la tasa de natalidad de Estados Unidos con la de China. Según el Banco Mundial, la tasa de fertilidad de China es de 1,7 nacimientos por mujer. Sorprendentemente, esto es más alto que la tasa de fertilidad actual de los Estados Unidos de solo 1,64 nacimientos por mujer.

En otras palabras, después de décadas de la política de control de la natalidad forzada más represiva del planeta, la tasa de natalidad de China es más alta que la de la nación más rica, libre y próspera del mundo. Lo que China "logró" a través de un estado policial y brutales abusos contra los derechos humanos, Estados Unidos lo logró a través de...

Bueno... ¿a través de qué? Esa es la pregunta del millón de dólares. ¿Cómo es que Estados Unidos y China tomaron caminos tan radicalmente diferentes y, sin embargo, terminaron casi exactamente en el mismo lugar?

Creo que la respuesta se puede encontrar en una palabra: cultura. Específicamente, tanto Estados Unidos como China han inaugurado, a su manera, una cultura antinatal: una Cultura de la Muerte.

En esto resulta que, después de todo, China y Estados Unidos no son tan diferentes. Como señalé anteriormente, la razón por la que el gobierno chino ha anunciado la política de los tres hijos es que la política de los dos hijos no hizo ninguna diferencia. ¿Por qué no hizo ninguna diferencia? Uno pensaría que, después de décadas de que les dijeran cuántos hijos podrían tener, las parejas chinas estarían encantadas de poder tener más hijos, sin ser castigadas.

¿Por qué no harían uso de esta nueva libertad?

Nuestra respuesta es doble. En primer lugar, los vívidos relatos de la brutalidad contra la dignidad humana y los derechos humanos, el castigo y el encarcelamiento y las ejecuciones no son fáciles de borrar de la memoria pública. Además, décadas de intrusión, explotación, propaganda y políticas gubernamentales alimentaron algo inesperado. En algún momento, las parejas chinas comenzaron a elegir no tener hijos no solo porque el gobierno les dijo que no podían, sino también porque no querían tener hijos. Tener un hijo se convirtió en la norma cultural, de modo que tener más de un hijo se consideraba indeseable. La política del gobierno había funcionado mucho mejor de lo que el gobierno había anticipado, reescribiendo por completo la cultura china. Por lo tanto, posiblemente se podría concluir que las políticas de control de la natalidad forzado ni siquiera son necesarias. La cultura por sí sola está manteniendo la baja tasa de natalidad.

Ésta es la ironía señalada por un economista en ese informe de la BBC que mencioné anteriormente. "Si relajar la política de nacimiento fue eficaz, la política actual de dos hijos debería haber demostrado ser eficaz también", dijo Hao Zhou, economista senior del Commerzbank. "¿Pero quién quiere tener tres hijos? Los jóvenes pueden tener dos hijos como máximo. El problema fundamental es que los costos de vida son demasiado altos y las presiones de la vida son demasiado grandes".

Y luego está Estados Unidos. Estados Unidos no tiene, y nunca ha tenido, una política de control de la natalidad forzosa. Sin embargo, lo que muestran los nuevos datos es que Estados Unidos, en esencia, ha fomentado una política de control de la población que es al menos tan eficaz como la política forzosa de China.

El gobierno de los Estados Unidos, los medios de comunicación y las instituciones de élite han trabajado sin descanso a través de la propaganda (el sistema legal, la legislación, la educación sexual, la televisión, la radio, las redes sociales, etc.) para redefinir la sexualidad humana, la dignidad del matrimonio, el acto conyugal y la familia. Una visión utilitaria de la vida ha generado una actitud rebelde; en particular, una mentalidad que considera a los niños como una carga, incómodos para obtener felicidad y prosperidad. Mientras tanto, los estadounidenses se han vuelto cada vez más ricos, con casas más grandes, mejores autos y vidas más largas. Pero... sin hijos.

Los revolucionarios de los 60 están viendo el fruto de sus acciones. Deben estar muy, muy

contentos.

Esto recuerda la definición profética del Papa San Juan Pablo II de una cultura de la muerte en *Evangelium Vitae*, Nro. 12:

“Esta cultura es fomentada activamente por poderosas corrientes culturales, económicas y políticas que fomentan una idea de sociedad excesivamente preocupada por la eficiencia. Mirando la situación desde este punto de vista, es posible hablar en cierto sentido de una guerra de los poderosos contra los débiles: una vida que requeriría una mayor aceptación, amor y cuidado se considera inútil, o se la considera una carga intolerable, y por lo tanto es rechazada de una forma u otra. Una persona que por enfermedad, minusvalía o, más simplemente, por el simple hecho de existir, compromete el bienestar o el estilo de vida de los más favorecidos tiende a ser considerada como un enemigo al que hay que resistir o eliminar. De esta forma se desata una especie de “conspiración contra la vida”. Esta conspiración involucra no solo a individuos en sus relaciones personales, familiares o grupales, sino que va mucho más allá, hasta el punto de dañar y distorsionar, a nivel internacional, las relaciones entre pueblos y Estados”.

Como estadounidenses, celebramos con razón nuestras libertades democráticas y vemos con desconfianza al régimen represivo de China. Y, sin embargo, debo preguntar, ¿de qué sirven todas nuestras libertades, si las usamos sólo para servir a nuestros propios intereses y para perseguir nuestros propios placeres?

Solía ser que casi todos los hombres y mujeres veían establecerse, establecer y mantener una familia como una señal de madurez, como posiblemente el objetivo principal de su vida. Ciertamente, formar una familia se consideraba una de las cosas más importantes, interesantes y productivas que podía hacer cualquier ser humano. Ser un buen padre o madre era ser un buen ser humano y un buen ciudadano.

Pero claramente, algo ha cambiado. Un anti-natalismo profundo se ha escrito profundamente en nuestro ADN cultural. Recién estamos comenzando a luchar con las repercusiones demográficas, políticas, económicas y espirituales de este anti-natalismo.

Nuestro trabajo, sin embargo, y el trabajo de la Iglesia, es responder a este cambio

proclamando el Evangelio de la Vida. Debemos celebrar la bondad de la vida y el heroísmo ordinario de las madres y los padres que acogen la vida y dedican su vida a servir a sus hijos, educarlos para que se conviertan en buenos ciudadanos y prepararlos para la vida con su Padre Eterno en el cielo.

Como lo expresó tan memorablemente el Papa San Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*, Nro. 96:

“El primer y fundamental paso hacia esta transformación cultural consiste en formar conciencias sobre el valor incomparable e inviolable de toda vida humana. Es de suma importancia restablecer la conexión esencial entre la vida y la libertad. Son bienes inseparables: donde uno es violado, el otro también termina siendo violado. No hay verdadera libertad donde la vida no es bienvenida y amada; y no hay plenitud de vida excepto en libertad. Ambas realidades tienen algo inherente y específico que las vincula indisolublemente: la vocación al amor. El amor, como un sincero don de sí mismo, es lo que da a la vida y la libertad de la persona su verdadero significado”.

<https://www.hli.org/2021/06/birth-rates-are-plummeting-in-china-and-the-u-s/>